



DON FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

# BOLETIN

DE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

AÑO IV. TOMO IV. — OCTUBRE DE 1917. — CUADERNO XIX

---

### D. FRANCISCO FERNANDEZ Y GONZALEZ

---

Casi al otro día de nuestra última Junta, en 30 de junio, perdimos a nuestro don Francisco Fernández y González, octogenario compañero, graduado ya de no-nagenario, que durante veintitrés años ocupó su sillón, realzando con sus personales merecimientos el prestigio de la Academia, y participando en los trabajos de ésta con asiduidad tan perseverante y tan celosa, que al impedirle sus achaques la asistencia personal, en las postrimerías de su vida, nuestro Reglamento nos autorizó para considerarle presente, y nuestra costumbre nos hizo contarle siempre entre los reunidos, porque ya tan sólo la muerte podía arrebatárnosle.

A esta enemiga implacable no podemos reprocharle el ensañamiento de habernos lastimado de improviso; vino esta vez pausada, como segura de su presa; pero bien sentimos que no hay modo que mitigue sus rigores; siempre llega a deshora y siempre nos atribula.

El pesar, que enluta la Junta inaugural del curso académico, coincide hoy con el día onomástico del finado, que lo es también de estos otros compañeros nuestros: el censor, señor Commelerán, el señor Rodríguez Marín y el señor Codera. No hay días unos distintos de otros, en la región serena donde mora el alma bondadosa de Fernández y González, porque allí toda medida del tiempo se anonada en el seno de la eterni-

dad; mas para nosotros, los aquí rezagados, señalo la oportunidad de que sea hoy cabalmente cuando la Academia rinde el obsequio de su lastimado cariño y el homenaje de su grande estimación, ante la memoria del finado compañero.

Nació éste el año 1833 en Albacete, hijo de un veterano de la guerra de nuestra Independencia. Su aplicación y su despejo fueron tales, que en 1850, compitiendo con otros 84 camaradas en los Estudios de San Isidro de Madrid, salió del certamen pensionado en la Escuela Normal de Filosofía; y esto era, por entonces, la inmediación del profesorado. Con efecto; a los cuatro años, contando apenas la edad de veintidós, explicaba en el Noviciado Retórica y Poética; seguidamente obtenía la cátedra de Psicología, Lógica y Ética en el Instituto de Teruel, y ascendía a la de Literatura General y Española en la Universidad de Granada. Pero hizo allí corta mansión; en 1864 vino a la cátedra de Estética, en el doctorado de la Universidad Central, para conservarla hasta el fin de sus días; es decir, durante medio siglo.

Las etapas de esta lacónica reseña y su presurosa cronología dan insuperable testimonio, así de la fecunda laboriosidad de Fernández y González como de la firmeza con que mantuvo el derrotero de su vida. Avínole ser Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Rector de la Universidad Central durante ocho años, Académico de la Historia desde el año 1867, Académico de San Fernando desde 1881 y miembro de esta Academia Española desde 1894; corresponsal también de la de Coímbra; abogado en ejercicio, elegido para la Junta de gobierno del Colegio de Madrid, y Diputado a Cortes y Senador del Reino. Bien denota esta otra enumeración que a Fernández y González le salieron al paso unas y otras brujas tentadoras; pero las solicitudes varias igualmente se frustraron, manteniéndose él firmísimo en la fidelidad a su propia vocación.

Téngolo por muy señalado elogio. Acertar a conocer y determinarse a seguir la individual vocación es la clave de bienandanza en la vida, no sólo para el sujeto, sino también para la sociedad. No de otro modo se obtiene de cada persona rendimiento proporcionado a las calidades y fuerzas con que esté dotada, a la vez que se le hace llevadera la fatiga del vivir. Tan convencido estoy de ello, que cada día lamento con más viveza los hábitos y los ordenamientos que entre nosotros malogran las más de las aptitudes nativas, toda vez que el despliegue y aprovechamiento de ellas viene entregado al azar, sin que se pongan los medios para facilitarle a cada vocación, sea cual sea el estado social del sujeto, la senda que a la pública conveniencia importaría grandemente franquear y despejar.

Fernández y González tuvo el acierto y la virtud de dedicar enteramente su vida a los empeños que se correspondían al justo con sus aptitudes; no se derramó por los laterales declives que se le depararon; supo preservarse, aun habiendo cruzado el Foro, y acampado entre los remolinos apasionados de la política. No había nacido él para luchador en las contiendas de los partidos, aunque tuviese gran autoridad para deliberar en las Cortes. Tampoco era su natural destino enriquecer con geniales creaciones el acervo humano de la cultura, ni se sintió dispuesto para sazonar e iluminar con obras de amena literatura las jornadas de la vida. Mostró siempre fija, inequívoca, su otra afición, que le incorporaba a la falange de los que tenazmente bregan contra el enemigo rondador y aniquilador de las obras de los hombres, a quien llamamos "olvido".

Estos pesquisidores de las cosas pasadas (de las más recónditas, con mayor ahínco) hacen revivir lo que sin la diligencia de ellos caducaría; conservan el mayorazgo perdurable de la civilización, al cual agrega cada siglo el neto haber que granjea; reintegran los orígenes y los antecedentes, que a la vida actual y a lo venidero están ligados con orgánica solidaridad, y

así contribuyen a mantener el sistemático despliegue de cada colectividad humana, con fidelidad a su genio castizo, a través de las influencias que circunstancialmente se cruzan. Será modesta, quizá menos estimada que estimable, la labor de estos debeladores del olvido; pero tanto como quienes más contribuyen ellos al común acervo en que consiste el patrimonio espiritual de la raza.

Precisamente esta modestia reserva el rescate de las cosas perdidas en el olvido, para sujetos imbuídos, como Fernández y González lo estuvo siempre, del afán insaciable de aprender; porque, con efecto, él fué perpetuo estudiante. No quiero significar con esto la trivialidad de haber perseverado en el estudio mientras le duró la vida, porque esto le acontece a quienquiera que no se embrutezca, sea su vocación cual sea, no: lo que digo es que Fernández y González perteneció siempre al grupo de aficionados a estudiar y aprender, sin pensar en otro galardón que el conocimiento adquirido, ajenos a todo aprovechamiento ni designio ulterior, como no sea el otro prurito, que va anejo, de prodigar y diseminar liberalísimamente las ganancias logradas.

Esta diferencia hay entre la codicia de los que así son estudiosos, y las otras codicias que se terminan en el acaparamiento, la exclusión y la reserva. Al revés, aquellos investigadores, si se muestran a veces tan apasionados en su ejercicio que acotan y esconden transitoria, puerilmente, tal cual hallazgo, no es sino para reservarse el deleite de esparcirlo y divulgarlo; a semejanza del cariño maternal, que suele extremar la severidad de la economía, hasta rayar en avaricia, con el solo fin de allegar recursos con que subvenir a las prodigalidades filiales. Sin uria pasión análoga por la indagación estudiosa, no pudiera acontecer que una larga vida, cual la de Fernández y González, se consagrara entera a los trabajos que forman ahora la corona de su nombre esclarecido.

La lista de estas obras, con sólo enunciar los epí-

grafes, me parece a mí una acabada semblanza del autor. Mirad, señores Académicos, si en ello acierto. Veréis que hay un grupo de escritos dedicados a la obligación profesional del catedrático de Estética de la Universidad Central; ministerio permanente en Fernández y González, al cual se dedicó desde antes de venir a esta cátedra, donde permaneció tantos años. En la muchedumbre de sus otras obras, si las apreciáis como yo, notaréis que la diversidad de los rótulos no quebranta la unidad substancial de la materia, que hallamos tratada de diversos modos y en sus varios aspectos.

He aquí las obras del profesor de Estética:

*La idea de lo bello y sus conceptos fundamentales.*  
1858.

*Tratado De Estética.* 1862.

*Historia de crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días.* Premiado por la Real Academia Española.

*Influencia del sentimiento de lo bello como elemento educador en la historia humana.*

*Metafísica de lo bello.*

*Lo sublime y lo cómico.*

*La Escultura y la Pintura en los pueblos de raza semítica.*

*Naturaleza, fantasía y arte.*

*El ideal.* Estudio de psicología estética.

*Lo real y lo ideal en el arte.*

*La Exposición de Bellas Artes de 1865.*

Ved ahora los demás trabajos, de que yo tenga noticia; y pongo a la cabeza el libro *Primeros pobladores históricos de la Península Ibérica*, por reputarla obra muy principal, que había de encabezar una serie, conforme al programa, por desgracia incumplido, que trazara la Real Academia de la Historia. Fijaos en los siguientes rótulos:

Traducción de la *Historia del Andalus*, de Ben-Adhari.

*El Mesianismo en España a principios del siglo xvi.*  
*Crónica de los Reyes francos, por Golmaro II, obispo de Gerona.*

*Estado social y político de los mudejares.*

*Estudios clásicos en las Universidades españolas durante la época del Renacimiento.*

*Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en los diversos Estados de la Península Ibérica.*

*Traducción del ordenamiento de las aljamas judías.*

*Calendario agrícola de los marroquíes.*

*El libro de Ziyind-ben-Amir El Quinena.*

*Historia de Cartago (traducción del inglés).*

*Crónica arábica.*

*La batalla de Alcazarquivir, según los documentos arábigos.*

*Orígenes históricos de la pólvora.*

*Alteraciones producidas en la sociedad española por el elemento visigodo.*

*Importancia de la cultura de los árabes españoles.*

*De los moros que quedaron en España después de la expulsión de los moriscos.*

*Algunas espadas y objetos árabes pertenecientes al último Rey moro de Granada.*

*Trofeo conservado en el Monasterio de las Huelgas, de Burgos, con el nombre de Bandera de las Navas.*

*Monumentos y antigüedades españoles descritos por árabes.*

*Antigüedades ibéricas.*

*El litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo vi antes de Jesucristo.*

*El llamado Fuero de Salamanca y las instituciones municipales de Castilla.*

*El Jurado en los tiempos antiguos.*

*Suplemento a la Biblioteca Árabe-Hispana de Casiri.*

*Influencias semíticas en la Literatura española.*  
*Discurso de entrada.*

*Estudios de Filología.*

*Los lenguajes hablados por los indígenas del Norte y del Centro de América.*

*Los lenguajes hablados por los indígenas de la América meridional.*

*Catálogo y crítica de los manuscritos rabínicos conservados en la Biblioteca de El Escorial.*

*Berceo, poeta sagrado en la España cristiana del siglo XIII.*

*Una poesía del último Rey moro de Granada.*

*Plan de una biblioteca de autores españoles.*

*El doctor iluminado Raimundo Lulio.*

*Don José Amador de los Ríos y sus obras.*

*La hija del Rey de Cádiz. Leyenda.*

Yo veo en todo ello una sola materia de investigación y exposición; materia mil veces merecedora del apasionamiento con que Fernández y González la distinguió. Por vía de estudios históricos, de pesquisas arqueológicas, de pulsaciones literarias, de prolijos escrutinios filológicos, aprovechando el dominio que tenía sobre idiomas numerosos, y de evocaciones de leyes, ordenanzas y costumbres; es decir, sorprendiendo las más ingenuas y las más variadas palpaciones de la vida popular; remontando los cursos oscuros e intrincados de los muchos afluentes que aportaron caudales tributarios a la corriente principal de la existencia española; utilizando su pericia de consumado orientalista para poner en claro las derivaciones originarias y las más remotas, como también las musulmanas y judaicas; paseando, en suma, el microscopio sobre las heterogéneas células del organismo viviente, al cual está incorporada nuestra existencia propia, Fernández y González consumió sus días, escrutador incansable de las entrañas de la sociedad que fué progenitora de ésta, donde alentamos.

¿Cuál otro asunto puede con mayores incentivos provocar la curiosidad científica de un hombre estudioso, culto y patriota, cual lo era él? Habría bastado

el interés artístico de la indagación; porque, en efecto, en el curso de la historia peninsular ocurrieron, en desusada medida, numerosas y peregrinas conviven-  
cias, y luchas, y acomodamientos, y repulsiones, y len-  
tos, perdurables y recíprocos influjos de los más va-  
rios y contrapuestos caracteres étnicos, de civilizacio-  
nes o barbaries, de pujanzas y decrepitudes, de exal-  
taciones religiosas y de enervamientos espirituales; de  
suerte que el escrutinio del repuesto y misterioso labe-  
rinto, recatado por la contradicción y la dispersión de  
las fuentes de conocimiento, es muy a propósito para  
cautivar y enajenar la atención de un hombre dotado  
de las prendas que a Fernández y González enaltecían.

Advirtamos que sus obras están selladas por un  
ostensible desinterés personal; son de aquellas a cuyo  
término el autor no divisa otra recompensa que la com-  
placencia de haberlas dado cima. A todos los otros mé-  
ritos, para la estimación de los cuales me conozco falto  
de personal aptitud, hemos de adicionar una generosidad  
innegable, la cual no amortiguó el ahinco ni la perse-  
verancia. Con tales obras levantó Fernández y Gon-  
zález, sin advertirlo él mismo, monumento espléndido,  
que honra su memoria, labrado con materiales impere-  
cederos e immaculados.

Con tal devoción y persistencia dió a su vida este  
destino, que el caudal de sus averiguaciones, acrecen-  
tado por la tenacidad y la felicidad de su memoria,  
llegó a dificultarle la metódica disertación sobre tema  
determinado. Las lindes y los hitos que distinguen los  
asuntos resultaban anegados en aquel espíritu cultísi-  
mo; y así le acontecía frecuentemente derramar su  
flúida elocución por las cercanías, peregrinas a veces,  
de la materia por donde ella comenzaba, llevando como  
colgadas las atenciones curiosas de sus oyentes, que  
no podían dejar de ser sus admiradores.

Por los muchos aspectos filológicos y literarios de  
su total obra, contáronse en el número de éstos los com-  
pañeros que tuvo sucesivamente en esta Academia, sin

que fuesen menores sus merecimientos en las de la Historia y de Bellas Artes, donde alcanzó antigüedad mucho mayor. ¡Venturosa la vida que tales huellas dejó en unas y otras cumbres!

Sé que expreso vuestro sentir unánime al aseverar que su recuerdo queda en esta Corporación apaciblemente confundido con la afección perenne que nos liga con el linaje espiritual de sus seculares enaltecedores; afección que en todos nosotros viene a ser parte noble y principal de la vida propia.

A. MAURA.